

camente, pretende también “ofrecer una muestra del panorama literario femenino actual, en lo que a los tres géneros literarios se refiere” (10). Creo que, puesto que “son muchas las autoras que llenan los mostradores de las librerías” (10), habría sido más eficaz aplicar criterios objetivos a la elección. Asimismo, un breve análisis literario de cada texto facilitaría su lectura y en ningún momento negaría su pretendido carácter divulgativo.

Desde mi punto de vista, esta antología responde en cualquier caso a la tendencia reciente a revalorizar la “escritura femenina”. Habría que desear que lo fuera no porque sea “femenina”, sino porque en la buena literatura no cabe un “a pesar de estar escrito por una mujer”. La literatura femenina no es feminista (no trata de igualar absurdamente en todo al hombre y a la mujer); no renuncia a lo genuino, pero sí reivindica el derecho a llamarse también literatura. Es por ello por lo que estas autoras “no son ni Ariadnas ni Penélopes. No ayudan ni esperan a un héroe, sino que sufren de las mismas ausencias y trabajos que éste” (13), pero como mujeres.

M^a Elena Antón
Universidad de Navarra

DE AVALLE-ARCE, Juan Bautista. *La épica colonial*. Anejos de Rilce 35. Pamplona: Eunsa, 2000. 116 pp. (ISBN: 84-313-1800-7)

En su ya clásico libro *La poesía épica del Siglo de Oro* (Madrid: Gredos, 1968), hasta hoy el único estudio completo sobre la épica española del Siglo de Oro, Frank Pierce llamaba la atención acerca de la falta de estudios sistemáticos sobre la literatura épica de este periodo. Después de casi treinta años, el llamado de alerta de Pierce parece recién haber sido escuchado con la aparición en 1999 de *Los mejores plectros: teoría y práctica de la épica culta en el Siglo de Oro*, de José Lara Garrido (Málaga: Analecta Malacitana, 1999) y que se complementa con el libro que ahora reseñamos: *La épica colonial*, una breve pero sistemática y documentada monografía que estudia los más logrados poemas épicos del Siglo de Oro: es decir, los del periodo colonial, que no son materia de estudio en el libro de Lara Garrido. Sin embargo, el panorama está aún incompleto debido a la carencia de ediciones críticas definitivas de muchos de estos textos, que impiden al final una lectura crítica adecuada (con excepción quizás de *La Araucana*). A espera de solucionar dicho panorama, podemos contar ahora con esta monografía, necesaria para cualquier acercamiento a la épica colonial.

De Juan Bautista de Avalle-Arce, el autor, se sabe de sobra su rigor, erudición y aguda lectura. El libro que nos ocupa ahora presenta en los cuatro primeros capítulos (11-47), muy importantes aportaciones teóricas, referencias a las principales poéticas de la época y modelos literarios sobre los que nació la épica colonial. Además revisa algunas lecturas críticas, amén de proponer un nuevo ciclo épico colonial. Así, el capítulo I, “Las Indias y la epepeya. Los tratadistas de los siglos dorados. La

epopeya clásica”, es sobre todo una útil introducción, en la que el autor señala desde el inicio que el centro de todo el libro será *La Araucana*, pues es el modelo literario por excelencia de la épica española del Siglo de Oro. Un gran apartado se encarga de reivindicar el hecho imprescindible del descubrimiento de América y la conquista española como elementos sin los cuales no se podría explicar la épica americana. Dos aspectos son los que hacen imposible la separación del nombre de América de la épica española para Avalle-Arce: primero, “la hora épica para los conquistadores de América, cuyas hazañosas actividades imponían la narrativa épica” (12) y la relación del hombre español con una nueva y sorprendente naturaleza. Si bien dichos puntos son centrales, quizás en el segundo hubiera sido necesaria una revisión sobre la forma en que interpretaron esa nueva tierra los primeros conquistadores españoles, recurriendo para lo inexplicable a la mitología (por demás central en la épica clásica e italiana). Son muchos los libros que han tratado el tema desde Leonard (*Los libros del conquistador*, México: FCE, 1996), O’Gormann (*La invención de América*, México: FCE, 1995), Brading (*Orbe indiano*, México: FCE, 1992), y últimamente varios artículos en Hampe (*La Tradición clásica en el Perú virreinal*, Lima: U.H.M. San Marcos-Sociedad Peruana de Estudios Clásicos, 1999). Por lo demás, los antecedentes épicos presentes en las tempranas crónicas, cartas y relaciones de descubrimientos y conquistas ya anunciaban una épica incipiente (por ejemplo la *Relación de la conquista de la Nueva Castilla*, 1537).

El capítulo II “La épica medieval castellana. Verismo y lo verosímil. Juan de Mena y el siglo XVI español. La épica culta italiana” estudia las primeras manifestaciones y la gestación de la épica renacentista desde los lejanos ecos de la literatura medieval española y la influencia culta italiana. De la primera, Avalle-Arce destaca el afán que tuvo por igualar a la épica con la historia. Este llamado “verismo” de la poesía está presente en el Renacimiento con gran fuerza, pero se contrasta con un resurgimiento en la misma época de la poética de Aristóteles, quien aporta una visión no verista y sí verosimilista. Para el autor, en este contraste se desenvuelve la poesía épica colonial y en esta característica está también su singularidad. Señala el autor a Juan de Mena y su *Laberinto de Fortuna* como “un prematuro ensayo de poema épico, dentro de las nuevas corrientes del siglo XV castellano” (22), texto de gran influencia en la poesía culta. Pero, sin duda, la influencia más clara es la de la épica italiana renacentista, que había renovado la materia de Francia quitándole la exaltación patriótica y añadiéndole el motivo sensual-caballeresco de la materia de Bretaña (literatura artúrica). Un rápido análisis de Boiardo (*Orlando Innamorato*), Ariosto (*Orlando Furioso*) y Tasso (*Gerusalemme Liberata*) permiten al autor, después de revisar la difusión española de estas obras, ponderar la supremacía de la de Ariosto sobre las demás, aspectos ya aclarados por Chevalier en su *L’Arioste en Espagne* (Burdeos: Universidad de Burdeos, 1966).

En el capítulo III, “Maurofilia e indiofilia. Lascasismo. División en cantos. Conjunto de epopeyas renacentistas. El Amor”, se revisa, siguiendo el catálogo de Pierce, los antecedentes españoles de la épica americana, y se presta especial atención a

los aspectos, motivos y figuras épicas hispanas que se han trasladado a la épica hispanoamericana: junto con el tema amoroso destaca el de la figura del moro que la épica peninsular recoge de los romances fronterizos (ver Correa, *Romances fronterizos*. Granada: Universidad, 1999) donde es admirado por el rival debido a su fuerza y valentía, como elemento que destaca aun más la figura del reconquistador. Este aspecto traslada al indio y al conquistador, aunque bajo el matiz de una situación explicada como estrictamente literaria. Termina este capítulo con un repaso sobre la utilización del canto como división de los poemas épicos, los metros y las formas retóricas más importantes de la épica colonial y su deuda con los modelos antiguos.

En el capítulo IV “Los Ciclos Épicos y su clasificación”, Avalor-Arce propone una clasificación que parte del éxito de *La Araucana*, que explica el ciclo épico del Arauco que el autor prefiere denominar “Las guerras de Chile”, donde la unidad curiosamente no está dada por un personaje en sí sino por los hechos mismos. Lo contrario ocurre con el ciclo que llama “La conquista mexicana” donde destacaría Lobo Lasso de la Vega con su *Mexicana*, que gira sobre la figura de Cortés. A ellos añade el ciclo religioso, básicamente debido a *La Christiada* y el ciclo de poemas excéntricos: *Elegías de varones ilustres de Indias*. Separa *El Bernardo* de Balbuena como una continuación tan excelsa del tema rolandiano que merece en sí una categoría propia.

Los capítulos V y VI (V: “Don Alonso de Ercilla y Zúñiga: su vida”, y VI: “*La Araucana*”) fácilmente hubieran podido formar uno solo. El primero trata de un breve estudio sobre la vida del poeta y el segundo, en las páginas centrales, se dedica a *La Araucana*. A partir de las críticas de la época, como las de Suárez de Figueroa, y las modernas, plantea Avalor-Arce cuestiones muy importantes sobre este poema épico. Si Suárez de Figueroa censuraba la ausencia en el poema de un personaje histórico, lo hacía porque partía del supuesto que *La Araucana* es una historia. Durante el XVII destacó la perspectiva historicista del poema de Ercilla. Avalor-Arce censura esa perspectiva y afirma la originalidad del poema: “Alabar al poema por ser historia es un solemne caso de miopía crítica. *La Araucana* es un poema y como tal hay que juzgarlo. Es un poema épico en el que las interrupciones del yo son tan frecuentes” (55) que conforma una especie de épica personalizada. La respuesta a la ausencia de un personaje histórico se remedia en el *Arauco Domado*, de Pedro de Oña. Continúan muy pertinentes lecturas sobre la innovación técnica del poema, sus deudas con Ariosto, y la particularidad del poeta-testigo-narrador, etc.

El tema araucano estaría incompleto sin el estudio del poema de Pedro de Oña. El capítulo VII “El Arauco Domado” está dedicado a él. Sin duda fue Pedro de Oña el mejor seguidor de Ercilla. Pese a la similitud temática y las distintas intenciones, recordemos que la obra de Oña corresponde a un pedido del virrey Marqués de Cañete, don García Hurtado de Mendoza, antiguo jefe militar de Ercilla que buscaba en el poema de Oña tener la exaltación de la que no era objeto en *La Araucana*. Como se recuerda, el mismo título de *Arauco domado* es una respuesta a Ercilla (“La cerviz de Arauco no domada”). Dos características resalta Avalor-Arce de esta obra: ser una de las epopeyas de más vertiente lírica y ser el primer libro de poesía escrito por un autor

americano que no rivaliza con su modelo sino que lo admira pero que se desliga por su sutil lfrica. El propio Oña, con modestia, señala: “¿Quién a cantar de Arauco se atreviera/ después de la riquísima Araucana?”. Curiosamente este poema es uno de los que carece de una edición crítica moderna. Igualmente, a pesar de su importancia, no existe un estudio comparativo exhaustivo entre este poema y *La Araucana*.

El capítulo VIII está dedicado a “Juan de Castellanos y su monumental *Elegías de varones ilustres de Indias*”. El IX a “Martín del Barco Centenera y su Argentina”, el X a “El Obispo Bernardo de Balbuena y su *Bernardo*” y, finalmente, el XI a “Fray Diego de Hojeda y su *Christiada*”. Son de destacar, sin embargo y sin menospreciar las otras, las aportaciones críticas al *Bernardo*. Especialmente la revisión que hace el autor de las otras obras de Bernardo de Balbuena (*Siglo de oro en las Selvas de Erifile, Grandeza Mexicana*) para contextualizar el surgimiento de *El Bernardo*, la tradición italiana de su autor, los motivos de su escritura y la superación de un modelo, además de la justificación enciclopédica de su obra. Para el autor, si Balbuena busca tratar de superar el modelo italiano desde dentro de la misma tradición, Hojeda en *La Christiada* traza otro camino en la épica culta pues “poetiza como si Boiardo y Ariosto nunca hubieran existido. Esta sorprendente actitud cae dentro de la rigORIZACIÓN intelectual provocada por los decretos del Concilio de Trento” (102).

Termina el libro con un útil índice temático (y onomástico) (103-116), pero se extraña la bibliografía final y especialmente un apartado dedicado a ediciones aparecidas de los textos que se comentan. Quizá también, para completar el panorama, habrían sido necesarias algunas páginas a la materia mexicana: Gabriel Lasso de la Vega, Luis Zapata de Chaves, Antonio Saavedra Guzmán, y sus continuadores del XVII, y a los seguidores de *La Araucana*, Diego de Santisteban, Hernando Álvarez de Toledo, etc., aspectos que no desmerecen la estructura del libro. Sí en cambio, en vista de los últimos trabajos, quizá menos necesaria una revisión de la obra de Juan de Miramontes y Zuázola y sus *Armas antárticas* (ver los trabajos de Firbas sobre el tema en Arellano y Rodríguez Garrido, *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*. Madrid: Iberoamericana, 1999, y en Mazzotti, *Agencias criollas*. Pittsburgh: ILLI, 2000) y de Hernando Domínguez Camargo y su *San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús: Poema heroico*, para completar el panorama de la épica religiosa. Pero en suma, este breve libro nos aporta material indispensable para cualquier acercamiento a la épica colonial, a la vez que se presta como un manual útil y un libro introductorio claro y preciso. Y aunque esta perspectiva ocasiona que queden muchos elementos por tratar, las lecturas siempre sugestivas del profesor Avalle-Arce, hacen de este libro una buena base de reflexión no sólo sobre un género puntual, la épica culta hispanoamericana, sino también sobre las maneras en que las fuentes medievales y renacentistas han llegado al Siglo de Oro español (y de América), esto es su recepción y re-creación.

Carlos F. Cabanillas Cárdenas
GRISO-Universidad de Navarra